

RAICES DE LA PINTURA EXPRESIONISTA MEJICANA

Se llama pintura expresionista a la que *expresa* estados psicológicos depresivos y obsesivos, a la pintura triste y deprimente que brota a la vista de la injusticia social y de los problemas espirituales.

Este tipo de pintura va casi siempre acompañado de un colorido oscuro y apagado, de un dibujo irónico, acartonado y burlesco y de una técnica descarnada y abocetada.

Los pintores expresionistas utilizan con frecuencia grandes superficies y rodean sus figuras con líneas en forma de alga o látigo, que denuncian su parentesco con el *modern-style* y el simbolismo.

1. ANTECEDENTES FILOSOFICOS Y LITERARIOS

La depresión y la angustia han existido siempre; pero el pintor no las podía reflejar con libertad por considerarse esta expresión como algo impúdico y antiestético. Hasta el siglo XIX el pintor tenía que pintar al modelo tal como aparecía, con su sonrisa fingida, con su postura estudiada, con su aparente tranquilidad. No se tenía derecho a profundizar en la persona, en su interioridad, en sus proble-

mas. No se podía sacar a luz el estado de la persona retratada, ni expresar tampoco el estado del artista retratante.

Todo tenía que ser aséptico en nombre de no sé qué belleza estratificada y escolastizada. Se enfrentaban los cánones clásicos con la vida y sus problemas, como si la belleza no se encontrase en el dolor y en la lucha contra los obstáculos de la vida.

En el primer tercio del siglo XIX Kierkegaard razona y establece una serie de principios que justifican la depresión y el pesimismo vital. Kierkegaard es un hombre profundamente religioso, que encierra un alma atormentada en un cuerpo deforme. Arrastra un gran complejo de culpabilidad desde su juventud. Este complejo no nace de una conducta personal, sino del concepto que él tiene de la vida. Todo ser humano, por el mero hecho de serlo, es ignorante, torpe, defectuoso, es, en una palabra, limitado, por eso es un ser pecador. Para Kierkegaard vivir es pecar, vivir es arrastrarse por la tierra dejando un ruego de frustraciones, injusticias e infidelidades.

Heidegger es un seguidor, en cierto modo, de Kierkegaard. Como él es profundamente religioso, hasta el extremo de ingresar en la Compañía de Jesús en su juventud, aunque luego sus dudas y sus planteamientos vitales le llevasen a profesar una especie de religión negativa, olvidando y, en cierto modo, negando a Dios. Para Heidegger el hombre no está angustiado por el pecado, sino por su contingencia. El hombre ha nacido para morir. La existencia auténtica es aceptar el hecho de nuestro ser para la muerte. Cuando nos vamos aproximando a nuestro fin (*ende*), vamos perdiendo el miedo a nuestra contingencia, a nuestro ser ahí (*dasein*) y alcanzamos la libertad para la muerte (*freiheit zum tod*).

Somos temporales y debemos alcanzar nuestra maduración en la aceptación de nuestra contingencia intrascendente.

Otro pensador que refuerza esta corriente filosófica es Jaspers, que nació en el seno de una familia protestante y perdió la fe apartándose del cristianismo. Se doctoró en medicina y se especializó en psiquiatría. Desde su experiencia como psicoanalista escribe sus obras filosóficas, en donde demuestra que la angustia nace de una infidelidad a la propia conciencia, a una conciencia informada por un sentimiento panteísta, según el cual la parte debe ser fiel al todo.

Si Jaspers se olvida de Dios o le hace aparecer como un dios impersonal, Sartre niega su existencia y cae en el más negro pesimismo. Es el más radical de los filósofos existencialistas. Para él la vida es absurda, los hombres que nos rodean son nuestro infierno, y el cosmos, un engranaje monstruoso que nos devora. No sabemos por

qué existimos, a dónde vamos y de dónde venimos. Estamos ahí, sin encontrar una justificación a nuestra existencia.

Finalmente, citaremos a Gabriel Marcel, católico francés, que admite las incongruencias de la vida, el misterio de la existencia humana; pero que ofrece una solución para luchar contra la angustia en la esperanza cristiana, en la obscuridad racional de la fe.

Junto a las ideas filosóficas, aparecen las manifestaciones literarias en forma de novela o representación teatral, que popularizan el existencialismo dogmático y llegan a las masas cambiando su modo de ver la vida.

Son famosas las novelas de Kafka: *El castillo*, *El proceso*, *La metamorfosis*, etc., en donde aparece el hombre como ser machacado e incomprendido, impotente ante unas leyes biológicas, sociales, psicológicas, contra las que nada puede hacer. Un hombre que vive condenado a moverse como una pieza de un engranaje, de una maquinaria sin sentido.

Son también conocidas las narraciones de Camus: *La peste*, *El extranjero*, *El hombre rebelde*, que rezuman tristeza y pesimismo y en las cuales se van excluyendo todos los consuelos que la teología, la filosofía, o la fraternidad humana pueden dar al hombre. Sólo queda aferrarse a un vitalismo ciego, es decir, a ese vivir cada día sin saber a dónde se podrá llegar, a ese caminar sin tener meta ni fin.

Junto a estos dos autores cabe situar a Gide, que, después de vivir una intensa vida espiritual, deja de creer en el más allá para creer sólo en la materia (*Los alimentos terrestres*), y cuando experimenta que el placer de los sentidos no trae la felicidad, busca la paz en la soledad (*El pantano*), y cuando se convence que la soledad trae la angustia y depresión, dirige su mirada hacia la justicia social; pero también aquí fracasa, pues un viaje a la URSS, le desengaña y le hace caer en cuenta de que el comunismo no es una ideología que convierta el mundo en un paraíso (*La vuelta de la URSS*).

¿Qué le queda al hombre? Solamente dejarse llevar de su instinto, obrar según le aconsejen las circunstancias, capear el temporal.

No sabemos a dónde vamos. Hay que sobrevivir comprando y vendiendo vivencias para obtener una felicidad intrascendente, como Gide propone en una de sus últimas obras (*Los monederos falsos*).

Poetas como Rilke, Verlaine, Rimbaud, etc., expresan su angustia y su deseo de encontrar un camino para la felicidad. Tartamudean palabras, susurran soluciones; pero no hacen más que flotar en un mar de confusiones y dudas.

El existencialismo se refleja también en las obras teatrales de Ibsen. *El pato salvaje*, *La dama del mar*, *La casa de muñecas*, son exponentes de la lucha entre una ética ideal y una limitación de las fuerzas humanas. Vivir es pecar. El ser racional está programado casi en todo. Su libertad existe, pero está tan presionada por el carácter y por las estructuras sociales, que el hombre tiene que luchar contra corriente con pocas garantías de éxito.

El dramaturgo sueco Strindberg defiende la degradación humana lenta, pero inevitable. El amor poco a poco se convierte en egoísmo, la ilusión en cansancio y la justicia en ambición.

Sus obras: *Advierto*, *El nuevo reino*, *El padre*, etc., son ácidas, pesimistas, amargas. El vaso de arcilla (*el hombre*) corrompe el contenido divino (*el amor*).

Esta siembra de ideas oscuras y deprimentes influyen en la pintura nórdica y germánica. Las artes plásticas, que son enormemente permeables al ambiente, se enriquecen pronto con obras que así lo demuestran y lo acusan.

La pintura que, en estos años, está estrenando la libertad, que comienza a apartarse de esos cánones académicos y clásicos, que se aleja del realismo y del naturalismo, para vivir su propia vida, quiere expresar las ideas del hombre más que su figura, sus costumbres y su periferia.

Al expresar las ideas de la época, que son confusas, desorientadoras, deprimentes, nace la pintura de la angustia, que es la pintura expresionista.

2. EL ARTE EXPRESIONISTA NORDICO Y CENTROEUROPEO

Se ha querido considerar al expresionismo como el polo opuesto del impresionismo. El primero es subjetivo y está lleno de simbolismos y de tristeza; el segundo copia de la realidad y es luminoso, radiante y alegre; pero carece de un contenido intencional. No cabe duda de que la contemplación de las obras pertenecientes a ambas corrientes pueden ofrecer una sólida base para dar por buena esta apreciación.

Wilhelm Worringer en su obra *Formprobleme der Gothik* (1912), habla de dos estilos: el nórdico-germánico y el mediterráneo, y al descubrirlos, va señalando sin querer, los rasgos y características de expresionismo y del impresionismo. El estilo primero es propio de los hombres reflexivos, introvertidos y un poco melancólicos, de los hombres de las brumosas tierras del Norte y del centro de Euro-

pa; el segundo es típico del latino, del hombre soñador, optimista y un tanto superficial, que habita en las tierras cálidas y soleadas del Sur.

De hecho el expresionismo floreció en Suecia, Noruega, Alemania, Polonia, Rusia, y el Impresionismo brotó en Francia, Italia y España. Sin olvidar que fueron muchas las excepciones que se dieron en ambos campos.

El término *expresionismo* fue divulgado por Horwart Walden, cuando fundó la revista *Der Sturm*. Se empezó a emplear la palabra latina *Expressionismus*, en vez de la alemana *Ausdruck* con el fin de dar más fuerza a esta corriente artística.

Es muy difícil decir quiénes son los primeros expresionistas. Se da el caso de que en Alemania existen impresionistas que empiezan a pintar escenas trágicas, desnudos rudos y grotescos, y emplean una técnica descarnada, casi esgrafiada que transforma los retratos en bocetos burlescos, en una palabra, que emplean temáticas y métodos propios del expresionismo. Son como un puente que une ambas tendencias. Tal es el caso, por ejemplo, de Lovis Corinth († 1925) y Max Liebermann († 1935). Prescindiendo de estos artistas ambivalentes se suelen citar como pioneros de este movimiento expresionista al noruego Edvard Munch († 1944), al flamenco James Ensor († 1947) y al alemán Emil Nolde († 1953). Los tres tienen una existencia trágica, llena de penalidades y fracasos; los tres están influidos por los grandes escritores existencialistas y los tres son asiduos admiradores de uno de los paranoicos más geniales y más derrotistas que ha habido, Vicente Van Gogh.

Cada uno tiene sus notas individuantes e imprime en sus obras huellas muy peculiares. Munch se distingue por sus líneas envolventes, por sus superficies monocromáticas y por sus rostros huesudos. Ensor es quien pone de moda las máscaras y las zarabandas carnalescas, que luego copiarían muchos maestros expresionistas, como Gutiérrez Solana. Las máscaras para Ensor eran las auténticas caras, las de los hombres que sufren y que se retuercen de dolor en medio de angustiosas muecas. Nolde, hombre profundamente religioso, pinta escenas martiriales, vidas de anacoretas, pasajes evangélicos, en los cuales aparece la parte trágica de la vida interior, la noche oscura del espíritu. Estas obras están en contacto con la mística nórdica de Eckart, Suso y Tauler.

Junto a estos pintores tenemos que colocar a los del grupo *Die Brücke* (Kirchner, Pechstein, Müller, etc.) y a los del grupo *Blaue Reiter* (Marc, Kandinsky, Macke, etc.) que trabajaron en Alemania.

También tenemos que mencionar al polaco Kokoschka, a los rusos Soutine y Chagall, al búlgaro Pascin y a los austriacos Gerstl y Schiele.

Todos ellos son auténticos maestros en expresar con tristeza y con ternura, con símbolos o con la expresión de los ojos y el contraste del color, las tragedias humanas, los desgarrones del corazón y todo eso que atormenta al hombre y le destruye por dentro, como es el fracaso de los sentimientos, la incertidumbre del más allá, la falta de solidaridad humana.

3. EL EXPRESIONISMO EN MEJICO

El expresionismo nórdico y centroeuropeo atrajo las miradas de las personas cultas y sensibles del mundo occidental. Pronto brotarían en la Europa latina pintores expresionistas, pocos pero importantes, como Gromaire, Rossi, Gutlérrez Solana, Valle.

La tendencia expresionista pasó pronto de Europa a Iberoamérica; y aparecieron Carlos González en Uruguay, Antonio Berni en Argentina, Manuel Alandia en Bolivia, José Sabogal en Perú, Galo Galecio en Ecuador y Cándido Portinari en Brasil.

A Norteamérica también llegó el expresionismo. Rattner, Knaths y Marsh demostraron que habían captado perfectamente el espíritu de esta corriente artística, y que por su fuerza melocromática y su dibujo caricaturesco estaban a la altura de los maestros expresionistas de cualquier país.

Pero fue en Méjico en donde esta clase de pintura destacó con más fuerza, tanto por la cantidad de artistas como por la calidad.

A ello contribuyó, además de la influencia de los expresionistas europeos, que fue mucha, la situación política del país, en plena revolución, y los elementos figurativos del arte azteca y maya, que eran caricaturescos, trágicos y de duros perfiles, y que evolucionando podían ser fácilmente conducidos al expresionismo.

Los pintores socialistas mejicanos que forman la escuela expresionistas no son un fenómeno humano que se produce casualmente, no son una novedad, poco menos que imposible de explicar, tienen unas raíces bien claras y determinadas.

Muchos de ellos viajan a Europa y conocen personalmente a Picasso, que, en su época azul y rosa, fue expresionista, conocen a Gromaire y a Rouault, contemplan las obras del expresionismo muniqués. Varios marchan a Estados Unidos y conectan con el expresionismo del pintor Max Weber, norteamericano de origen ruso,

La doctrina de la angustia, núcleo de la filosofía y literatura existencialista, apenas influye en ellos directamente. Tal vez, a través de algunas obras marxistas inspiradas en Sartre y de algunos escritores de ese gran admirador de Kierkegaard, que es Unamuno.

La influencia del existencialismo filosófico es indirecta, se da mediante los pintores europeos expresionistas, como decimos.

Otra raíz importante es la opresión a que fue sometido el pueblo mejicano, primero por algunos conquistadores españoles, luego por los norteamericanos, que mutilaron el territorio de Méjico en varias ocasiones y, finalmente, por la aristocracia nativa, que acaparó los mejores centros de producción agrícola del país, dejando a muchas familias campesinas en la miseria.

Esta opresión dio origen a la revolución de Madero, que derrocó a Porfirio Díaz (1910), que terminó con la promulgación de la Constitución del 1917, Constitución que sólo logró desarrollarse por entero con Cárdenas en 1934-40. Toda esta lucha en favor de la justicia social no sólo fue la temática de estos pintores mejicanos, sino que fue también el motor y el molde que puso en marcha y dio forma a esta pintura expresionista.

Finalmente, diremos que las terracotas de Monte Alban y Mitla, los atlantes de Tula y los dioses de la cultura totoneca, son unas muestras *proféticas* del expresionismo. Este arte tenía que ser para estos pintores como un mensaje genético que no podían dejar de escuchar.

4. EL GRUPO

El grupo que componen los pintores expresionistas mejicanos es sumamente interesante y no es demasiado conocido en Europa. Se citan a los tres grandes; pero se ignora a los demás.

En primer lugar hay que mencionar a José Guadalupe Posada († 1931) que nació en Aguascalientes. Aprendió a grabar en la ciudad de León. En 1887 marchó a Méjico, en donde trabajó hasta su muerte. Durante este tiempo realizó más de quince mil grabados. Se hizo famoso por sus *calaveras*, que son representaciones de seres vivos, de objetos inanimados, y aun de simples ideas, en forma de cráneos y esqueletos. Estos trabajos están llenos de ironía de causticidad. Posadas se sirvió de estas *calaveras* para luchar contra la tiranía, para ridiculizar la ambición capitalista, para denunciar la injusticia social.

El dibujo es caricaturesco, sumamente expresivo, enormemente original, hasta el extremo que se ha hablado del posadismo, como de un estilo propio. En realidad Posada es un expresionista con un gran sentido onírico.

Posada orientó a Rivera en su carrera artística. Rivera († 1957) fue un rebelde desde su juventud. Apenas tuvo maestros académicos. En plena juventud se independizó y se convirtió en autodidacta. En 1907 obtuvo una beca para ir a Europa. Recorre diversos países: Inglaterra, Holanda, Francia, Italia, Portugal, España. En Madrid trabaja en el taller de Chicharro, pintor impresionista y simbolista de gran imaginación. En París traba amistad con Picasso y con Gris y le transmiten su afición al cubismo y al expresionismo. De los muralistas Italianos aprende la grandiosidad de la composición y la técnica de la pintura al temple.

Caminante Incansable, hace varios viajes a la Unión Soviética y a Norteamérica. Comunista convencido, desea propagar esta ideología mediante grandes murales que sean como una especie de altavoz que grite al pueblo y le anime a luchar contra la injusticia.

Rivera, Orozco, Alfaro Siqueiros, Revueltas y otros, que fundan el Sindicato de Pintores, son respaldados por Vasconcelos, esteta idealista, y uno de los pensadores más profundos y progresistas de Méjico, con lo cual logran hacerse populares.

Los trabajos de Rivera son grandiosos. Sus figuras son rígidas, duras, esquemáticas y recuerdan a las de Gromaire, el gran expresionista francés. La composición es abigarrada y densa; pero perfectamente equilibrada. Hay obras, como *La vendedora de flores*, que son un modelo de distribución de valores. El colorido es brillante y atrevido, aunque emplea también colores apagados. En Rusia decoró la Casa del Ejército Rojo; en Nueva York, el Rockefeller Center; en Detroit, la Escuela de Bellas Artes; en Méjico, la Rectoría de la Ciudad Universitaria; en Cuernavaca, el Palacio de Hernán Cortés, etcétera. Su obra es inmensa, cientos y cientos de metros cuadrados llenos de figuras agitadas, oprimidas, angustiadas.

José Clemente Orozco († 1949) es un doble de Rivera. Igual a él en todo. Fue orientado por Posada, viajó por toda Europa. Visitó Norteamérica. Luchó en favor del marxismo y pintó también enormes murales.

Orozco introduce en sus composiciones la metalización de los animales (caballos mecánicos, por ejemplo), el simbolismo mecanicista, endurece los contornos y los ropajes. Utiliza un colorido más oscuro que Rivera, sobre todo en los fondos y rellenos, y coloca (me-

dievalismo) muchas figuras de espalda. Sus personajes, como los de Rivera, son tristes y deprimidos. Están en tensión, viven una existencia trágica.

Entre sus murales descuellan los pintados en Dartmouth College y Pomona College (Estados Unidos) y los del Palacio de Bellas Artes de Méjico, la Universidad de Guadalajara y la Biblioteca Gabino Ortiz de Jiquilpán.

David Alfaro Siqueiros, que nació en Chihuahua en 1896, es el tercero de los grandes maestros mejicanos. Sus ideas marxistas le hicieron intervenir en diversos enfrentamientos armados (entre otros la guerra española) y le costaron encarcelamientos y destierros. Su temática es siempre pro comunista: *Muerte del invasor*, *La revolución mejicana*, *Entierro de un obrero muerto*, *Víctima proletaria*, *Proceso al fascismo*, etc.

Su estilo es más ancestral que el de los pintores precedentes; recuerda al arte precolombiano. El dibujo tiende hacia la línea curva, las facciones de los personajes son gruesas, el aspecto pesado, el paisaje es desértico, el movimiento es intencionadamente torpe, la expresión es dura, el gesto bronco. Siqueiros es el más violento en la vida y en el arte de los artistas del grupo.

A pesar de su indigenismo, este artista está también influido por los grandes pintores europeos, también viajó por Europa (Rusia, Italia, Bélgica y sobre todo, España). En Norteamérica realizó varios murales; pero fue expulsado por sus ideas marxistas.

Javier Guerrero nació en el mismo año que Alfaro Siqueiros. Fundó con él y con Rivera la revista *El Machete* (1912). Decoró en Guadalajara la casa de Zuno (1925). Realizó los murales de la Escuela mejicana en Chillán, las del Hipódromo en Santiago de Chile y otros en Chipping, Cuernavaca, Guadalajara y en la ciudad de Méjico.

Colaboró con Rivera en los murales de la Secretaría de Educación. Su pintura es semejante a la de éste, hasta el extremo de no distinguirse de ella.

Sin salirse del expresionismo, pero inclinándose al cubismo surrealista, se encuentra Rufino Tamayo (nacido en 1899). Este maestro se aparta del estilo de los precedentes para llegar a unas cotas insospechadas por caminos extraños. A los veintidós años ya era profesor de dibujo en el Museo Nacional de Antropología. A los treinta y cuatro le encargan el gran mural del Conservatorio de Música. A los cincuenta y uno expone en la Bienal de Venecia alcanzando un éxito singular. Tres años más tarde gana el Primer Premio de la

Bienal de S. Pablo. Poco después es condecorado con la Legión de Honor y pinta el famoso mural *América*, en Houston (Texas). A continuación le encargan, para el edificio de la Unesco en París, otro mural gigantesco. En los años sesenta expone en Nueva York, Londres, Bruselas, Roma, Venecia, etc., con lo que logra un prestigio enorme y alcanza varios premios importantes.

Tamayo utiliza los animales para expresar estados psicológicos humanos, especialmente a los perros. Los animales que aúllan, rugen, relinchan, están recordando los gritos de los que sufren, de toda una clase social de un pueblo. Su tremendismo zoológico es impresionante. Sus seres de figuras que intentan alcanzar algo son también símbolos angustiosos: *Mujer alcanzando la luna*; *Mujer alcanzando al espectador*, etc., están llenas de un gran dinamismo psicológico y de una fuerza vital fuera de lo normal.

José Chaves (nacido en 1909), otro de los muralistas que componen este grupo, es autor de varios frescos de extraordinaria calidad, realizado en Jalapa, Veracruz, San Miguel de Allende, etc.

Sus figuras gruesas, calmosas, de grandes manos y pesados pies, tienen un gran parentesco con las de Orozco. Son obreros, labradores de aspecto triste y cansino, miembros de un pueblo desesperanzado. Chaves ha sido profesor de varios centros docentes y ha dejado un gran número de alumnos.

Francisco Goitía (nacido en 1884) es tal vez el más trágico —el más expresionista— de los pintores del grupo. Se formó en la Escuela de Bellas Artes de Méjico. En 1904 fue a Barcelona, en donde pasó cuatro años. Después pasó otros cuatro años en Italia. Vuelto a Méjico pinta una serie de obras de un patetismo inigualable. Manejó el óleo, el pastel y el carbón con igual fuerza. Su obra máxima es *Tata Jesucristo* (1927), que le sitúa en la historia del arte como un gran maestro. En este cuadro aparecen dos figuras sentadas, un cirio ardiendo y unas flores amarillas. Jamás el dolor ante la muerte alcanzó expresión más alta y desgarradora. En este cuadro vemos a toda la humanidad, desamparada, que en medio del dolor y de la impotencia busca a Dios, único consuelo.

Miguel Covarrubias († 1957), que estudió en Méjico y en Estados Unidos, se dedicó a la caricatura y a la ilustración de revistas. Colaboró en *Vanity Fair*, *Fortune*, *Harper's Bazaar*, *Life*, etc. Llegó a ser uno de los más cotizados dibujantes humorísticos. Como muralista realizó obras importantes, tanto en Méjico como en Norteamérica. Dentro del expresionismo es el menos triste del grupo, hasta el extremo de que algunas de sus obras se salen de esta corriente.

Coleccionó piezas precolombianas, viajó por Europa, Asia y África y publicó varias obras sobre arte.

Fernando Leal († 1964) fue profesor de la Escuela de Bellas Artes. Mantuvo estrecha amistad con Rivera y Orozco, y con ellos aprendió a realizar pinturas murales. En 1939 la Universidad Nacional de México le encargó la ejecución de los murales del Anfiteatro Bolívar, pintados al fresco, en los que retrató a varios personajes históricos, tales como Bolívar, San Martín, Miranda, etc., obra que se considera como una de las más importantes de este pintor. También se dedicó al grabado, y aquí es donde se manifestó más su expresionismo, que recuerda al de Gutiérrez Solana por su espíritu carnavalesco.

Julio Castellanos († 1947) trabajó en Europa, Sudamérica y Estados Unidos. Realizó obras populares, en donde aparecen los campesinos en situación conformista, mostrando una resignación casi biológica. A pesar de la dulzura con que están ejecutadas las obras de Castellanos, éstas son suavemente melancólicas. Expuso en París, Buenos Aires, Nueva York. Siempre con éxito.

Finalmente, citaremos a Juan Charlot, que nació en París (1898) de padre francés y madre mejicana. Durante varios años vivió en México. Realizó varios murales, unos solo, otros en colaboración de Rivera, por quien sentía gran admiración. Fue también admirador de Posada, y como él realizó obras caricaturescas y grabados de estilo precolombino.

A pesar de su estilo expresionista mejicano, hay en Charlot una gran influencia de Cézanne. Charlot trabajó en Norteamérica al servicio de la Fundación Carnegie y fue profesor de la Universidad de Hawái.

A estos maestros podríamos añadir otros varios; pero creemos que estos son, tal vez, los más representativos y los que de verdad crean el expresionismo mejicano, una de las corrientes artísticas más importantes de América.—JOSE MARIA MOLINER. *Complejo San Nicolás de Bari. Torre C, 5.º B. Alicante.*